

LECCION XII.

Otros principios defectuosos.

De la moral del sentimiento.—De la moral fundada sobre el principio del interés del mayor número.—De la moral fundada sobre la sola voluntad de Dios.—De la moral fundada sobre las penas y las recompensas futuras.

Contra la moral del interés, todas las almas generosas se refugian en la moral del sentimiento. Ved aquí algunos hechos sobre los que se apoya esta moral y que parecen autorizarla.

Cuando hacemos alguna buena accion, ¿no es cierto que sentimos un placer de una naturaleza especial que nos parece el premio de nuestra buena accion? Este placer no proviene de los sentidos, ni su principio ni su medida está en una impresion recibida por nuestros órganos. No se confunde sino con la alegría del interés personal satisfecho, mas no nos conmovemos de la misma manera, pensando que hemos hecho ó no dicha accion. El placer, unido al sentimiento de la conciencia satisfecha, es un placer puro, los otros placeres no tienen este carácter. El placer de la conciencia es duradero, en tanto que los otros son asaz

cortos. En fin, este placer está siempre con nosotros. En el mismo seno de la desgracia, siempre el hombre tiene en sí una fuente permanente de alegrías continuas, pues siempre tiene el poder para hacer algun bien, mientras que los demás placeres, dependiendo de mil circunstancias de que no somos los dueños, no nos puede ofrecer sino un placer raro y precario.

De la misma manera que la virtud tiene sus alegrías, el crimen tiene tambien sus dolores. El sufrimiento que sigue á la falta, es el justo rescate del placer que hemos encontrado y nace juntamente con él. El sufrimiento emponzoña las alegrías y las acciones ilegítimas. Hierde, desgarrar, muerde, por decirlo así, y de esto proviene su nombre. Basta ser hombre para haber conocido este sufrimiento; se llama remordimiento.

Ved aquí otros hechos igualmente incontestables.

Veo yo un hombre cuyo rostro lleva impresas las señales de la angustia y de la miseria; nada hay en esto que pueda alcanzarme y perjudicarme á mí, y sin embargo, sin reflexion y sin cálculo ninguno, la sola vista de este hombre padeciendo me hace sufrir á mí tambien. Este sentimiento es la piedad, la compasion, cuyo principio general es la *simpatia*.

La tristeza de mis semejantes me inspira tambien tristeza, y un rostro alegre me predispone á la alegría.

Ut ridentibus arident, ita flentibus adflent

Humani vultus (1).

La alegría de nuestros semejantes produce un cier-

(1) Cuando el género humano quiere reir rie, y cuando quiere llorar llora.

to eco en nuestra alma, y sus dolores físicos se comunican á nosotros casi también físicamente. Nuestra alma tiende á equilibrarse con la de nuestro semejante. De aquí provienen estos movimientos eléctricos, por decirlo así, que corren por las grandes aglomeraciones de gentes. La admiración y el entusiasmo de nuestros semejantes son contagiosos, como también la chanza y el ridículo. De esto proviene el sentimiento que nos inspira el autor de una acción virtuosa. Nosotros sentimos entonces un placer análogo al que siente su mismo autor; pero llega el caso que somos testigos de una mala acción; nuestra alma se niega á participar de los sentimientos que animaban al culpable; siente entre este y el mismo una notable diferencia, la cual se llama *antipatía*.

No olvidemos un tercer orden de hechos algo diferente de los precedentes.

No solamente simpatizamos con el autor de una acción virtuosa, sino que le deseamos todo el bien posible y le amamos en cierta manera. Este amor llega hasta el entusiasmo cuando tiene por objeto un acto sublime ó un héroe. He aquí el principio de los homenajes y de los honores que la humanidad agradece tributa á los grandes géneos. Y este sentimiento no solamente tiene por objeto los demás hombres, sino que le aplicamos á nosotros mismos por una especie de retorno que no es por cierto el egoísmo. Si, podemos decir que nos queremos á nosotros mismos cuando hacemos algún bien. Los sentimientos que hácia nosotros nos profesan son unos sentimientos justos, nosotros así lo creemos, este sentimiento es la *benevolencia*.

Al contrario: presenciemos una acción, entonces

sentimos una especie de antipatía para el autor de esta acción, según ya hemos dicho antes, le queremos mal y deseamos que padezca por la falta que ha cometido y en razón de la gravedad de esta falta. Por esto los grandes criminales nos son odiosos sino espían sus crímenes por enérgicos remordimientos ó virtudes. Este sentimiento no es la malevolencia ordinaria, es un sentimiento personal é interesado que nos hace desear el mal para los demás porque son para nosotros como un obstáculo. El odio no se siente porque tal hombre sea virtuoso ó vicioso, sino porque nos daña y perjudica. El sentimiento de que venimos hablando es una especie de odio, pero un odio generoso (si nos es lícito espresarnos así) que no proviene del interés ni de la envidia, sino de la conciencia disgustada, y este sentimiento se vuelve contra nosotros cuando obramos mal.

La satisfacción moral no es la simpatía, por más que la simpatía no es rigurosamente hablando la benevolencia. Pero estos tres fenómenos tienen el carácter común de ser todos sentimientos y de ellos se derivan tres sistemas de moral diferentes y análogos.

Según ciertos filósofos, una acción buena es aquella que va seguida de una cierta satisfacción moral, acción mala es aquella que va seguida de remordimientos. El carácter bueno ó malo de una acción no es desde luego atestiguado por el sentimiento que le acompaña. Este sentimiento con su significación moral le atribuimos á los demás hombres, pues juzgamos que son como nosotros, y que en presencia de las mismas acciones sienten los mismos sentimientos.

Otros filósofos han señalado el mismo camino á la simpatía ó á la benevolencia.

Por esto la señal y medida del bien está en los sentimientos de afección y de benevolencia que sentimos por un agente moral. Si un hombre escita en nosotros por tal ó cual acción una disposición más ó menos viva de benevolencia hacia él, podremos decir que la indicada acción es buena. Si por una serie de acciones del mismo género hace que permanezca siempre en nosotros esta disposición y este deseo, nosotros juzgamos que un hombre semejante es virtuoso. Que escite un deseo, una disposición contraria y desde luego nos parecerá un malvado.

Un hombre se sacrifica y muere por su patria, esta acción heroica despierta en nosotros en un cierto grado el mismo sentimiento de aquel que la ha inspirado. Las pasiones malas no encuentran en nuestro corazón ese eco que hallan las buenas, á menos que no esté muy corrompido, y que tengan por cómplice el interés, pero aun entonces hay algo en nosotros que se subleva contra estas pasiones, y en el alma más depravada subsiste un escondido sentimiento de simpatía por el bien y de antipatía por el mal.

Estos diversos sistemas pueden refundirse en uno solo que se llama moral del sentimiento.

No hay gran dificultad en señalar la diferencia que separa esta moral de la del egoísmo.

El egoísmo es el amor exclusivo de sí mismo, es el esmero reflexivo y permanente de su placer y de su bienestar.

¿Qué hay de más opuesto al interés que la benevolencia? En la benevolencia, lejos de querer el bien

para los demás en razón de nuestro interés, arriesgamos voluntariamente cualquier cosa, y hacemos cualquier sacrificio por servir al hombre que ha conmovido nuestro corazón. Si en este sacrificio el alma siente un placer, este placer no es más que el acompañamiento involuntario del sentimiento, le sentimos sin haberle buscado. Le es permitido al alma el gustar este placer, pues la misma naturaleza la atrae hacia la benevolencia.

La simpatía, lo mismo que la benevolencia, se refiere á otro ser que nosotros mismos, nuestro interés individual no tiene en esto parte alguna. El alma es de tal manera, que es capaz de sufrir con los sufrimientos de un enemigo nuestro. Que un hombre haga una noble acción, encuentra el alma útil contrariar sus intereses, y se eleva en nosotros una cierta simpatía por esta acción y por su autor.

Se ha querido explicar la compasión que nos inspira el dolor de nuestros semejantes por el temor que abrigamos de sentirlo á nuestra vez. Pero sucede que muchas veces el desgraciado á que nosotros compadecemos está tan apartado de nosotros y nos amenazan tan poco sus dolencias, que sería un absurdo el temerle. No hay duda alguna que para que tenga lugar la simpatía, es preciso tener la experiencia de sufrimiento, porque, ¿cómo es posible que yo sea sensible á los males de mis semejantes sino tengo de ellos idea alguna? Esto aquí no es otra cosa sino la condición de la simpatía, y no podemos deducir que sea esto el recuerdo de nuestros propios males y el temor de volverlos á sentir.

Nada nos puede explicar la simpatía. Es involuntaria lo mismo que la antipatía. Después tampoco pode-

mos suponer que simpaticemos con alguno por atraernos su benevolencia, pues á menudo sucede que aquel que es objeto de nuestras simpatías, no sabe lo que nosotros sentimos. ¿Qué benevolencia pretendemos cuando simpatizamos con hombres á quienes no hemos visto nunca y que es posible que jamás veamos?

El egoismo admite todos los placeres, ninguno rechaza, pero si es útil y delicado, puede apetecer como mas duraderos y menos estraños los placeres del sentimiento. La moral del sentimiento se confundiria, pues, con la moral del egoismo, si prescribiese obedecer al sentimiento por el placer que en esto se encuentra. Entonces no habria ningun desinterés y el individuo seria siempre el centro y fin único de todas sus acciones. Mas esto no sucede así. El encanto de los placeres de la conciencia proviene precisamente de que uno se olvida á sí mismo en la accion que les hace parecer. De la misma manera, si la naturaleza junta á la simpatía y á la benevolencia una alegría verdadera, entonces llenan todas las condiciones apetecibles, y estos sentimientos serán puros y desinteresados; para esto es preciso que no se piense sino en el objeto de nuestras simpatías ó de nuestra benevolencia, porque la benevolencia y la simpatía reciben su recompensa en el placer que producen. De otra manera, este placer no tiene razon de ser desde que con ansia se le busca. Ninguna metamórfosis del interés puede hacer que nazca, que brote un placer unido solamente al desinterés.

La moral del egoismo no es sino una mentira perpetua; conserva los nombres consagrados por la moral, pero declara abolida la moral, engaña á la humanidad hablando su misma lengua y encubriendo bajo este

lenguaje prestado una oposicion radical á todos los instintos, á todas las ideas que constituyen y forman el tesoro del género humano. Al contrario, si el sentimiento no es el bien en sí mismo, es su compañero fiel y su mas útil ausiliar. Es como la señal de la presencia del bien haciendo su cumplimiento mucho mas fácil. Nosotros tenemos siempre sofismas á nuestra disposicion para persuadirnos que nuestro interés verdadero consiste en satisfacer la pasion presente, pero el sofisma es menos apreciado por el espíritu cuando este está en alguna manera defendido por el corazon.

Nada es, pues, mas saludable que escitar y mantener en las almas estos nobles sentimientos que nos conducen á la esclavitud del interés personal. El hábito de participar de los sentimientos de los hombres virtuosos nos predispone á obrar como ellos. Cultivar en sí mismo la benevolencia y la simpatía, es fecundizar las fuentes de la caridad y del amor, es mantener y desenvolver el germen de la generosidad y del sacrificio.

De este modo nosotros rendimos un sincero homenaje á la moral del sentimiento. Esta moral es verdadera, solamente que no se basta á sí misma, y necesita un principio que la autorice.

Yo obro bien; siento entonces en mí una satisfaccion interior. Yo obro mal; espérimento entonces los remordimientos de la conciencia. Esto no son dos sentimientos que califiquen el acto que acabo de hacer, pues que siguen á este acto. ¿Nos seria posible sentir alguna satisfaccion interior por haber obrado bien, sino juzgásemos nosotros que hemos obrado bien? Y al mismo tiempo que hacemos tal ó cual

acto, un juicio natural é instintivo le caracteriza, y es la consecuencia de este juicio lo que nuestra sensibilidad percibe. El sentimiento no es este juicio primitivo é inmediato, muy lejos de fundar la idea de bien supone esta idea. Es un manifiesto círculo vicioso que hace derribar el conocimiento del bien, de lo que no sería sin este conocimiento (1).

Quando encontramos una accion buena ¿no es porque simpatizamos con ella? Quando nos inclinamos á compartir nuestras disposiciones con alguno ¿no es porque las de este individuo nos parecen conformes con la idea de la justicia? Por otra parte, si la simpatía fuese el verdadero criterio de lo bueno, todo esto que sentimos por la simpatía sería bueno. Pero la simpatía no se refiere solamente á alguna cosa moral, nosotros simpatizamos con el dolor y con la alegría que no tienen nada de comun con la virtud y con el crimen. Simpatizamos tambien con los sufrimientos físicos. La simpatía moral no es mas que un caso de la simpatía general. Preciso es reconocerlo: la simpatía no está siempre acorde con la razon. Nosotros simpatizamos algunas veces con ciertos sentimientos que condenamos, porque sin ser malos en sí mismos, lo que impediría toda simpatía, propenden á algunas grandes faltas, por ejemplo, el amor, que muchas veces se cansa de desarreglos y la emulacion que tanta semejanza tiene con la ambicion.

La benevolencia no siempre está determinada por

(1) Véase la primera parte de este curso, leccion V. y la segunda parte leccion VI. Véase tambien nuestra obra *Primeros ensayos de filosofia*, curso de 1817. Del verdadero principio de la moral, y en la *Filosofía escocesa* la refutacion detallada de las teorías de Hntcheson y de Smith.

solo el bien. Y aunque se aplique al hombre virtuoso, supone siempre un juicio por medio del cual afirmamos que semejante hombre es virtuoso. No significa esto que queramos al autor de una accion, porque juzgamos que tal accion es buena, sino que habiendo nosotros juzgado que una accion es en sí buena, queremos bien á su autor. Hay más aun. En el sentimiento de la benevolencia va envuelto siempre un juicio nuevo que no es la simpatía. Este juicio es el siguiente: El autor de una buena accion merece ser dichoso, de la misma manera que el autor de una mala accion merece padecer para espiarla. Hé aquí porque deseamos para el uno una dicha y una felicidad, y para el otro un sufrimiento reparador. La benevolencia no es mas que la forma sensible de este juicio.

Todos estos sentimientos suponen, pues, un juicio anterior y superior. Por todas partes el mismo círculo vicioso. De aquí que los sentimientos que acabamos de reseñar tienen un carácter moral y constituyen la idea del bien, mientras que esta idea de bien es lo que les comunica el carácter que percibimos.

Otra dificultad aun. Los sentimientos se adhieren á la razon prestándole alguna cosa de su natural relativa y mudable. Importaría mucho que todos los hombres fuesen aptos para gustar con la misma delicadeza los placeres del corazon, pero asi como hay naturalezas delicadas hay tambien naturalezas groseras. Si vuestros deseos son impetuosos y violentos, la idea de los placeres virtuosos, ¿no será mas dificilmente vencida por la fuerza de la pasion que si la naturaleza os hubiese dotado de un temperamento tranquilo? El estado de la atmósfera, la salud y las en-

fermedades conmueven ó avivan nuestra sensibilidad moral. La soledad entregando al hombre á sí mismo hace que los remordimientos adquieran toda su energía, la presencia de la muerte redobla esto mas y mas, pero el mundo, el ruido, el hábito sin poder ahogarle le aturden en algun modo. El espíritu sopla á su vez. No todos los dias se está de vena. El mismo valor tiene sus intermitencias. Recordamos aquella célebre palabra: ¡Qué bueno fue aquel dia! El humor tiene sus vicisitudes que influyen aun sobre nuestros mas íntimos sentimientos. El mas puro é ideal siempre tiende algo hácia nuestra organizacion. La inspiracion del poeta, la pasion ardiente del amante, el entusiasmo vívido del mártir, tienen sus languideces y sus desfallecimientos que dependen frecuentemente de causas materiales bien pobres y mezquinas. En estas perpétuas fluctuaciones del sentimiento, ¿podremos convenir en que sea posible asentar una legislacion que sea igual para todos?

La simpatía y la benevolencia no escapan á las condiciones de todos los fenómenos, de la sensibilidad. No poseemos todos en el mismo grado el mismo sentimiento que los otros. Los que han sufrido mucho comprenden mejor el sufrimiento, y por consecuencia compadecen á los que sufren mucho mas vivamente que los que no han padecido tanto. Con mas imaginacion nos representamos mejor y mas vivamente lo que pása en el alma de nuestros semejantes. Unos sienten mas simpatías por los placeres y los dolores físicos, otros por los placeres y dolores del alma, y cada una de estas simpatías tiene en cada uno de nosotros sus grados y sus variaciones. No solamente difieren entre sí sino que tambien se repelen. La sim-

patía por el talento debilita la indignacion que se siente al ver la virtud ultrajada. A Voltaire, Rousseau y Mirabeau les escusa la corrupcion de su siglo y de su época. La simpatía causada por el dolor de un condenado, nos hace mas excusable la justa antipatía que escita su crimen. Así se aplaca á cada paso esta simpatía que se ha querido erigir en árbitro supremo del bien. La benevolencia tambien varia. Se ama naturalmente de una manera mas ó menos afectuosa, y lo mismo que la simpatía, la benevolencia está á merced de las pasiones diversas que van mezcladas con ella. La amistad, por ejemplo, nos hace á menudo y á pesar nuestro mas benévolo de lo que en justicia deberíamos serlo.

¿No es una regla de prudencia el no escuchar sin desdenarnos las inspiraciones caprichosas de nuestro corazon? El sentimiento cuando está gobernado por la razon adquiere un gran apoyo, pero libre de la razon degenera en pasion y la pasion es fantástica, excesiva, injusta, presta al alma el resorte de la energía, pero casi siempre la confunde y desordena. No está muy lejos del egoismo, y aqui termina por lo regular toda generosidad tan razonable á su comienzo. Sin la vista siempre presente del bien y de la obligacion inflexible que á él va unida, sin este punto tan fijo como inmutable, el alma no sabe como colocarse en este movedizo terreno llamado sensibilidad, fluctúa entre el sentimiento y la pasion, entre la generosidad y el egoismo, remóntase hoy hasta el entusiasmo para descender mañana á todas las miserias de la personalidad humana.

De esta manera la moral del sentimiento aunque superior á la del interés es aun insuficiente. Prime-

ro: dá por fundamento á la idea de lo bueno lo que está fundado sobre esta misma idea. Segundo: la regla que propone es muy movable para ser universalmente obligatoria (1).

Existe otro sistema del que diremos lo mismo que del precedente que no es falso pero que es insuficiente é incompleto.

Los partidarios de la moral, de la utilidad y de la dicha, han querido salvar su principio en la generalidad. Segun ellos el bien no puede ser sino la dicha; pero el egoismo, sin razon de entender por este principio la dicha del individuo, pretende demostrar que debe ser la dicha general.

Cónstanos desde luego, que el principio es enteramente opuesto al del interés personal, pues se-

(1) No dejemos de citar aquí á M. Royer-Collard. El ha señalado los defectos de la moral del sentimiento en una página tan viva como fuerte de la cual hemos tomado algunos rasgos. Véanse las *Obras de Reid*, tomo III. «La percepcion de las cualidades morales de las acciones humanas va acompañada de una emocion del alma que nosotros llamamos *sentimiento*. El sentimiento es una ayuda de la naturaleza que nos invita al bien por el atractivo de los mas nobles goces que pueda sentir el hombre, y que nos desvía del mal por el menosprecio, la aversion y el horror que nos inspira. Es un hecho cierto y evidente que en la contemplacion de una bella accion ó de un noble carácter al mismo tiempo que percibimos estas cualidades de la accion y del carácter, percepcion que es un juicio, sentimos hácia el autor un amor mezclado de respeto, y algunas veces una admiracion llena de enternecimiento. Una mala accion, un carácter malvado y péfido escitan en nosotros una percepcion y un sentimiento contrarios. La aprobacion interior de la conciencia y los remordimientos son los sentimientos unidos á la percepcion de las cualidades morales de nuestras propias acciones..... Yo no debilito la parte del sentimiento, sin embargo no es verdad que la moral esté toda en el sentimiento, y si se sostiene y afirma esto, se aniquilan las distinciones morales..... Que la moral esté toda en el sentimiento ni está bien ni mal en sí, el bien y el mal son relativos, las cualidades de las acciones humanas son precisamente tales que todos los sienten. Cambiad el sentimiento y lo habreis cambiado todo, una misma accion será á la vez buena, indiferente y mala segun la afecion del espectador. Haced callar al sentimiento y las acciones no serán sino fenómenos físicos, la obligacion se refundirá en las inclinaciones, la virtud en el placer, lo honesto en lo útil. Hé aquí la moral de Epicuro: *Divi meliora viis.*»

gun las circunstancias se puede ordenar no solamente un sacrificio pasajero, sino tambien un sacrificio irreparable, el de la vida. Pero los mas sábios cálculos del interés personal no pueden llegar hasta aquí, y por lo tanto este principio está muy lejos de incluir la verdadera y sólida moral.

El principio del interés general llega hasta el desinterés, pero el desinterés es la condicion de la virtud, y no la virtud misma. Se puede cometer una injusticia con el mas completo desinterés. De que un acto no aproveche á aquel que lo ejecuta, no se sigue que no pueda ser en sí muy injusto. Solicitando ante todo el interés general se prescinde, es verdad, de este vicio del alma llamado egoismo, pero se puede caer con mil iniquidades. Se hace necesario probar que el interés general está siempre conforme con la justicia. Pero estas dos ideas no son adecuadas. Si muy á menudo van juntas, tambien algunas veces están separadas. Temístocles propone á los atenienses quemar la flota de los aliados que se encontraba en el puerto de Atenas, y asegurar así su supremacia. El proyecto es útil, dice Aristides, pero es injusto, y ante esta simple palabra renuncian los atenienses á algunas grandes ventajas que era necesario conseguir cometiendo un acto injusto. Notad que Temístocles no tenia aquí ningun interés particular, no pensaba sino en los intereses de su patria. Si se hubiera arriesgado á dar su vida por arrastrar á los atenienses, á un acto semejante no hubiera hecho sino consagrar lo que es muy frecuente; un admirable sacrificio á una causa immoral en sí misma.

A esto se responde que si en el ejemplo citado la justicia y el interés se escluyen, es que el interés

no era bastante general, y se llega á aquella célebre máxima, que es preciso sacrificarse uno por su familia, la familia á la ciudad, la ciudad á la patria, la patria á la humanidad, y que, en una palabra, el bien es el interés general del mas gran número (1).

Cuando llegueis hasta aqui, no habreis aun alcanzado la idea de la justicia. El interés de la humanidad, lo mismo que el del individuo, se puede ajustar con la justicia, pero en ciertos casos hay una incompatibilidad absoluta; las dos cosas no son idénticas, de suerte que no se puede decir con exactitud que el interés general de la humanidad es el fundamento de la justicia. Basta un solo caso, una sola hipótesis, en la cual el interés de la humanidad no vaya acorde con el bien para concluir diciendo que el uno no es esencialmente el otro.

Vayamos más lejos aun. Si el interés de la humanidad constituye la medida de la justicia, no habrá injusticia, sino cuando este interés lo declare así. Pero no se puede afirmar de una manera absoluta, que en ninguna circunstancia el interés de la humanidad no condene tal ó cual accion, y si en virtud de este principio la condenase, seria preciso hacerla fuera la que fuese.

Me direis ahora que sacrifique el interés particular al interés general. Pero ¿en nombre de qué me mandais esto? ¿Es en el solo nombre del interés? Si el interés como tal debe tocarme, evidentemente mi interés debe tocarme tambien, y no veo porque he de sacrificarlo al de los demás.

(1) Se reconoce en esta fórmula el sistema de Jeremias Bentham que de algun tiempo á esta parte cuenta con numerosos partidarios en Inglaterra y en Francia.

El objeto supremo de la vida humana es la dicha, me direis. Yo deduzco de esto muy razonablemente, que el objeto supremo de mi vida es mi dicha, por consiguiente, para pedirme el sacrificio de mi dicha, preciso es apelar á otro principio que la misma dicha.

Considerad en qué preplejidad me deja este famoso principio del mas gran interés del mayor número. Ya me cuesta bastante discernir mi verdadero interés en la obscuridad del porvenir substituyendo á la voz infalible de la justicia los cálculos inciertos del interés personal, no me habeis presentado la accion fácil, y ha venido á ser imposible si me es preciso investigar antes de obrar cual es el interés no solamente mio sino tambien de mi familia, y no solamente de mi familia sino de mi patria, y no solamente de mi patria sino de la humanidad. ¿Que en mi prevencion deberé abrazar el mundo entero? ¿Y á qué precio colocais la virtud? Si esto es cierto se me impone una ciencia que solamente posee Dios. ¿Acaso asisto yo á sus consejos para ajustar mis acciones por sus decretos?

La filosofia de la historia y la mas sabia diplomacia no bastarian entonces para conducirse bien. Pensad que no hay ninguna ciencia matemática de la vida humana, el peligro y la libertad impidiendo el efecto de los cálculos mas profundos derriban y trastornan las fortunas mejor establecidas, censuran las miserias mas desesperadas, mezclan la dicha y la desgracia y destruyen todas las presunciones.

Y sobre tan movible fondo ¿quereis establecer la moral? Lo que se hace en ese caso es dar lugar al sofisma con esa ley complaciente y enigmática del

interés general (1). No nos será muy difícil encontrar siempre alguna razón apartada del interés general que nos dispensará de ser fieles á nuestros amigos cuando se hallen sumidos en el infortunio. Un mendigo apela á mi generosidad. ¿Pero yo no podría hacer que mi dinero empleado de otro modo fuese

(1) Véase mi obra *Filosofía escocesa*, Hutcheson, lección III. «Si el bien es aquí solamente el que debe ser más útil al mayor número ¿en donde encontrar el bien y quien le puede discernir? Para saber si la acción que me propongo ejecutar es buena ó mala, preciso será que me asegure si á pesar de su utilidad visible y directa en el tiempo presente podrá ser perjudicial en un tiempo futuro que yo no conozco ahora. Debo también investigar si aunque útil á los míos y á los que me rodean no será abrumadora para el género humano con el que debo pensar ante todo. Importa que sepa si el dinero que estoy tentado á dar á este infortunado que tiene necesidad de él, no sería más útil empleándole en otro objeto cualquiera. En efecto, la regla es aquí el más gran bien del mayor número. Para seguirla ¿qué cálculos me son impuestos! En las tinieblas del porvenir, en la incertidumbre de las consecuencias un poco apartadas de toda acción, lo más seguro es no hacer nada que no se refiera á mí, y el último resultado de una prudencia tan refinada ¿puede ser otro que la indiferencia y el egoísmo? Supongo que habeis recibido un depósito de un opulento vecino vuestro, viejo y enfermo, una cantidad que él no ha de menester y con ella podeis socorrer á vuestra familia que estaba á punto de perecer por falta de alimentos. Pasado algún tiempo os pide su dueño el dinero. ¿Qué debereis hacer? El mayor número está á vuestro lado y la utilidad mayor también, pues esta cantidad es insignificante para vuestro rico vecino, mientras que es capaz de salvar á vuestra familia de la miseria y aún de la muerte. Padre de familia quiero yo saber ahora en nombre de qué principio titubeais en retener la cantidad que tan necesaria os es. Colocado en la alternativa de matar á este hombre viejo y enfermo ó de dejar morir de hambre á vuestra mujer y vuestros hijos, debéis matar á vuestro vecino con toda seguridad de conciencia. Teneis el derecho y el deber de sacrificar la menor ventaja de uno solo al mayor bien del más gran número, y pues que este principio es la expresión de la verdadera justicia no soy sino su más fiel ministro ejecutando esto. Un enemigo vencedor, ó un pueblo furioso amenazan destruir una ciudad entera sino se les entrega la cabeza de un individuo que es inocente de todo. En nombre del mayor bien del más gran número se inmolará á este individuo sin escrúpulo alguno. Se podrá sostener que inocente la ciudad ha dejado de serlo hoy puesto que es un obstáculo al bien público. La justicia habiendo una vez declarado el interés del más gran número, la única cuestión es saber donde está este interés. Pero aquí la duda es imposible, pues es perfectamente justo, ofrece al inocente en holocausto por el bien y la salud pública. Es preciso aceptar esta consecuencia ó rechazar el principio.»

mas útil á la humanidad? ¿La patria en el día de mañana no tendrá necesidad de él? Guardémosle, pues. Por otra parte, aquí en donde el interés de todos parece evidente, puede que todavía nos equivoquemos, vale mejor pues que nos abstengamos. Nos debere-mos también abstenernos de ser sabios. Sí, desde que será preciso para practicar el bien estar seguro de servir el más grande interés del mayor número, no habrá ya sino temerarios é insensatos que osen obrar. El principio del interés general producirá grandes sacrificios, convengo en ello; pero también será capaz de grandes crímenes. ¿No se entregan á actos abominables mezclados á un desinterés sublime y en nombre de este principio, los fanáticos de todas clases, fanáticos religiosos, liberticidas y filosóficos que pretenden conocer los intereses eternos de la humanidad?

Otro de los errores de este sistema, es el de confundir el bien con una sola de sus explicaciones. Si el bien es el mayor interés del más gran número, la consecuencia que de esto se desprende es bien clara: no hay sino una sola moral pública y social y ninguna moral privada; no hay sino una clase de deberes, los deberes para con los demás y ningunos para nosotros. Pero esto es precisamente cercenar aquellos de nuestros deberes que garantizan con mayor seguridad el ejercicio de todos los otros. Las relaciones más constantes que sostengo son con este ser que soy yo mismo (1). Yo soy mi sociedad más habitual. Yo llevo en mí, como ha dicho muy bien Platon (2),

(1) Véase la lección XIV de este curso que trata de la moral privada y pública.

(2) Platon, de *República*, tomos IX y X de nuestra traducción.